

EL TIEMPO

DIARIO INDEPENDIENTE

Redacción, Administración e Imprenta
POLO DE MEDINA, 2

Todo suscriptor que coniente la suscripción desde el día 15 en adelante de cada mes, lo recibirá gratis hasta el 1.º del mes siguiente.

Número atrasado 10 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En toda España... 1 pta. al mes
ANUNCIOS
En 1.ª plana... 0'15 cts. palabra;
2.ª y 3.ª " " " 0'25 " línea,
4.ª " " " 0'10 " "

ESQUELAS SEGUN TARIFA

No se devuelven los originales
Número suelto 5 céntimos

Teléfono número 25

EDICION DE LA MAÑANA

Franqueo concertado

El debate político en el Congreso

DISCURSO DE DON ANTONIO MAURA

El régimen de los partidos

Y para ir adelante, me encuentro con el señor Cambó, que en su elocuentísimo discurso pasó, como era natural, por este tema, y le iluminó con la claridad privilegiada de su entendimiento.

Nos habló el señor Cambó del turno de los partidos, de los grandes partidos, en cierto modo monopolizadores de las corrientes de opinión nacional que actúan en la vida pública, y de aquel otro sistema de las agrupaciones accidentales de fuerzas políticas, con propósitos concretos, sucesivos, distintos.

Naturalmente, no llevará a mal el señor Cambó, como lo he dicho en general para todos los oradores, que atiende yo al hilo general, sintético, de mi razonamiento, y no acuda a las invitaciones numerosas y tentadoras a debatir algunos episodios de su discurso, como de los discursos de los demás oradores que me han aludido en este debate.

Yo entiendo, y ahí está el «Diario» para quien se tome la molestia de confrontar, que el señor Cambó razonaba, a trozos, en una conformidad completa con mi pensamiento, y por lo tanto, respetando la opinión ajena, digo yo que, acertadamente, no por otra causa que porque coincidía con mi juicio; pero caía en la equivocación de barajar, de mezclar las doctrinas y los razonamientos que corresponden a dos cosas, a dos estados políticos y a dos sistemas de marchar la política, muy diferentes de como marcha ahora. Me explicaré. En una absoluta y plena, diríamos salud ó vida fisiológica, del régimen parlamentario, establecida la conformidad constitucional de todos los súbditos, de todos los ciudadanos, para los cuales existen las Constituciones, practicada y extendida la ciudadanía, no tendría razón de ser, como no fuera un abuso, el contacto y la alianza especial de dos partidos. La verdadera vida política sana entonces, sería que cada corriente de opinión, que cada anhelo popular se encargase y organizase; y preparase y adiestrase para el gobierno, ó para influir en él con entera independencia, estando equidistantes, por lo que toca a esa convivencia y a las relaciones del recíproco auxilio, absolutamente todos los partidos, sin más razón que sus afinidades, ó los propósitos que persiguieran en un instante determinado.

Pero, ¿es que España ha alcanzado esta normalidad política? Pero, ¿qué, ¿España no es una Nación donde, al cabo de un siglo de perturbaciones y guerras civiles, con una Constitución como la del 76, se ha pretendido y logrado establecer una zona neutra, una zona templada, una transacción, dejando a derecha é izquierda, por desgracia, pero realmente, gentes, organizaciones y muchedumbres que no reconocen la Constitución, y que, además proclaman a toda hora que si no la subvierten por la fuerza, es porque no pueden? A esos los llamo yo facciosos. Un régimen constitucional, una Constitución que no ha logrado la conformidad de todos, y que tiene a derecha é izquierda enemigos que se proponen subvertirla, ¿cómo se

ha de mantener, si sus partidarios no sienten que es común la causa de defenderla contra unos y otros? (Muy bien). De modo que el pacto de El Pardo, que el contacto de los dos partidos, que el turno, que el monopolio, que todo eso, que son inadvertencias, porque con la advertencia se acabarían las locuciones fáciles todo eso es en el organismo nacional lo que en el cuerpo enfermo aquella adaptación de órganos, en que los sanos suplían a los dolientes, y mediante estas acomodaciones, se va prolongando la vida, y se espera la hora de la salud. (Muy bien, muy bien). Es una salud relativa, y es una normalidad fisiológica, y sin esa acomodación, podría venir la muerte; no podría restablecerse la salud.

Claro es que la doctrina nada sabe de esas cosas; pero sabemos nosotros, que no somos tratadistas, sino políticos, y lo sabe una Nación que a este debe enarenta años de relativa normalidad y paz.

Muy en eso de los partidos, señores diputados, y especialmente, señor Cambó, dos cosas distintas. En lo que ha dicho S. S., yo distingo dos asuntos: el uno acabo de presentaros a vuestra consideración; el otro es que habíamos de haber alcanzado la plena normalidad política, y ser la Constitución una ley aceptada, criticada cuanto se quiera, pero no hostigada por vías ilegítimas, pero no amenazada de subversiones punibles; había de ser la Constitución la ley común y la ciudadanía práctica constante de toda la Nación, de toda la sociedad española, y yo no compartía la idea de que sean malas las concentraciones en dos grandes partidos que turnan en el Gobierno; porque hartas causas de inestabilidad y de quebranto para el interés público, tiene la vida parlamentaria, harta incoherencia tiene el régimen electoral para administrar los intereses permanentes de los pueblos, en que entran la política exterior, y la fuerza armada, y la justicia, y tantas cosas como deben sustraerse al embate y a los vaivenes de la pasión. Harto es eso para agravarlo con la sustitución de los partidos permanentes en que al cabo, se puede esperar alguna persistencia y alguna tradición, por las advertencias coligaciones de grupos que persigan, apasionados, tal ó cual mariposa que cruce por el horizonte de la política de un pueblo. (Muy bien, muy bien, en la minoría conservadora.—Aplausos.)

Romper el régimen de los partidos, es atentar a la solidaridad constitucional.

Volviendo a vosotros y al presente estado de la política y de la sociedad española, creo que he dicho bastante para declarar que para mí no hay opción, que para mí no hay preferencias, porque estamos todos sujetos y aherrojados por la necesidad al régimen de los partidos que defienden la Constitución contra las facciones.

Romper esa solidaridad constitucional de los dos partidos, es dar a las facciones el máximo aliento que ellas puedan pretender, es poner en el mayor peligro la permanencia, que es una de sus mayores

virtudes, de los mayores bienes del régimen establecido, de esa transacción que aspira a llevar por sendas pacíficas la política española y cerrar el periodo constituyente.

Pero yo pregunto a los que son militares y a los que, siendo civiles, han frecuentado la grata lectura de la Historia: ¿Conocéis plaza asediada como lo está aquí el régimen constituido, que pueda defenderse si la defensa es intermitente? ¿De qué sirve la defensa de un día, si al día siguiente la defensa no perdura?

Para mí hay otra dificultad muy grande, porque los dos partidos de turno, legítimamente, declaradamente, con alta cara, se prestan recíproco apoyo. Deben hacerlo respetando las leyes, deben hacerle no abusando del Poder; pero deben prestarse recíproco apoyo, porque hay entre ellos una afinidad santificada por el deber y por los juramentos. (Muy bien.)

Y esa ayuda puede y debe darse a quien coadyuva a la defensa y esté identificado en la pugna con los enemigos de la Constitución; pero ya es una deserción, ya toma caracteres inaceptables para la conciencia el apoyo que se da al compañero dentro del régimen constitucional cuando reparte en provecho de aquellos mismos contra quienes se tiene que luchar.

No quiero insistir en esto: recordad cómo se hicieron las elecciones de estas Cortes, y lo que hemos visto después.

Decidme, señores: quien piensa de este modo, y porque piensa de este modo procede del modo que vengo procediendo yo hace cuatro años, ¿dejará de maravillarse de que alguien crea que las palabras no se helarán ó se volatizarán cuando se emplean para decirme a mí mismo que no hay que romper la solidaridad de los partidos, y para fingir que soy yo quien la rompe, cuando precisamente porque la rompéis vosotros, y porque yo sé que no se puede romper, estoy haciendo lo que hago? (Muy bien.)

Y estoy haciendo todo lo que hago, porque yo no tengo en mi mano el remedio, porque yo no puedo hacer ninguna de estas dos cosas; ni yo puedo tomar recibo de vuestras determinaciones y de la política de estos últimos años, y decir: «Está bien, marcharemos separados y divorciados», porque sé que el estado de la política española no es para esto, ni está en mí que vosotros volváis de vuestro acuerdo.

Su responsabilidad como jefe de partido.

Y aquí, tenéis, señores, la clave de aquellas dos conclusiones de mi «nota» del 31 de Diciembre, que a hombre de tanta autoridad como el señor Alvarez le han parecido dos monstruosos atentados contra la Constitución. Vamos a examinarlas, porque puede que no sean tan execrables como a S. S. le parecen, y me halaga la esperanza de que S. S. lo reconozca; si no tuviera tanta fortuna, espero que lo reconocerá la mayor parte de los oyentes.

Esas conclusiones de mi «nota»

de 31 de Diciembre, que he ratificado y ratifico ahora, son la única posición que le es lícita al jefe del partido conservador a la hora presente, porque ellas dicen que de una manera ó de otra, lo que no ha de cesar es la solidaridad de los partidos de gobierno; y no pudiendo prestarme yo a la política que vosotros estimáis acertada, me retiro y os dejo; y puesto que vosotros no aceptáis la política que yo concibo y proclamo, comprendo que no puedo contar con vosotros, y digo que se habrá de formar la pareja con otro ser, todavía no nacido. ¿Qué queréis que haga yo? ¿Qué más puedo hacer que prestarme a la fidelidad máxima que puedo dar? Pero, notado: en esas conclusiones lo que preside, lo que las enlaza, lo que las informa, en esencia toda, es la necesidad de que perdure la solidaridad de los partidos constitucionales; a esto sacrificio yo todo, hasta la propia actuación política en el Gobierno, y la de quien esté conmigo, si es menester.

Yo, antes de llegar a esas conclusiones, he hecho los requerimientos fraternales, amistosos, confidenciales, silenciosos, que no ajaban la delicadeza ni la autoridad de los que estaban encargados, como ministros responsables del Rey, de la dirección de la política. He esperado un mes, y un semestre, y un año, y año y medio, guardado silencio. ¿Qué más puedo yo hacer para demostrar que no persigo ningún propósito que no sea el cumplimiento de mi deber? Decís que yo quiero imponer mi política, y ser el tutor del partido liberal; que se forme un partido liberal a mi gusto, sin honor ni autoridad; eso no se puede decir sin apasionamiento que ciega. ¿Si es todo lo contrario! ¿No advertís que, planteada la discordia en el modo de concebir la política y las relaciones de los dos partidos, podría yo decir lo mismo, y no lo digo? Yo respeto el juicio ajeno, y me limito a decir que si acertáis vosotros y prevalece vuestra política, y parece más acertada, y la opinión pública está con ella, en cuyo caso lo estará la Corona, no hay que preocuparse de mí; seré, en tal caso, un hombre equivocado, y a los hombres equivocados no se les acompaña. ¿Qué más puedo hacer? ¿Es que yo estoy obligado a sofocar mi pensamiento, a anular mis convicciones y a torcer mi conciencia? Cualquiera en mi lugar tiene que pensar en la responsabilidad tremenda de quien se siente depositario de la confianza de un partido, como el partido conservador, y de las fuerzas sociales, que sin estar incorporadas expresamente en la organización conservadora, son, sin embargo, fuerzas conservadoras, y tienen su confianza en esta organismo político, porque este es un régimen (lo he dicho en otra forma y otro día, y lo he dicho hoy, porque lo hemos de pensar siempre todos); éste es un régimen en el cual la irresponsabilidad del Monarca supone que la responsabilidad de los hombres públicos no es una palabrería, y que tiene raíces en la conciencia. Por lo tanto, yo tengo la obligación de mirar si la política que practico, en la oposición como

en el Poder, sirve ó defrauda a esas clases conservadoras, a esos sentimientos conservadores, a esos intereses conservadores, a esa multitud de españoles, que tienen depositada en nosotros, y al fin y al cabo en mí, la responsabilidad de corresponder a sus anhelos, a su confianza, a sus votos, a su espíritu, a su ciudadanía. Yo no puedo llevar toda esa representación a ninguna actuación política que yo conozca, que yo advierta, que en vez de defender a España de trastornos revolucionarios, aunque sea con buena intención de todos, los facilita y allana.

El respeto a los partidos.—Recordado del desastre colonial.

[Gran cosa, gran asunto, aceptar ó no aceptar el Gobierno! Yo no he de ponderar la muchedumbre de consideraciones, de miramientos, reflexiones, de cuentas morales, que han de influir en una determinación de esta naturaleza; pero yo os digo que cuando se compara esto con la fidelidad a la causa política que uno sirve, es una minucia aceptar ó rechazar el Poder. (Aprobación en la minoría conservadora.)

Por comparación, es una cosa insignificante; y no se puede sacrificar a la natural rutina del turno y de la sucesión un átomo de aquella fidelidad que se debe a la representación política con que se está en el estadio de las luchas entre los partidos.

Yo siento, señores—podré equivocarme, y sobre todo, fácilmente crearán que me equivoco mis adversarios—, yo siento que tengo el apoyo de una caudalosa corriente de opinión; pero si no lo tuviese, si estuviéramos solo, si no tuviese siquiera el de mi partido, inconmoviblemente me verías donde me veis. ¿Es esto soberbia? ¿Es esto altanería? ¿Es eso confianza en el propio juicio? No. Es que yo he vivido en la vida pública, y en mi vida pública hay un periodo, que no sé si olvidaré cuando me muera, que es el periodo de 1898 al 99. Bien solo me quedé yo entonces; bien solo me dejaron esos demócratas, cuando yo quería, cinco años antes del desastre colonial, evitarlo.

Yo estuve solo y vilipendiado, y el oro robado en las Aduanas sirvió para injuriar mi patriotismo. (Aplausos). No pude hacerme la merced de sustraerme al dolor, porque el dolor era de la Patria, y nada de la Patria puede sernos indiferente. (Aplausos.—Interrupciones en la minoría republicana, que impiden oír al orador).—(El señor Salvatella: ¿Y Pi y Margal?) Yo hablaba de por qué yo he aprendido que no haya que envidiar jamás de la conciencia y de una cosa que decía el señor Vazquez de Mella, porque hay una hora suprema, de la que me acordó siempre, y es aquella en que tengo que dar cuenta de mi vida. (El señor Alvarez (don Melquiades): Lo que S. S. predicaba podía ser una garantía de paz en las Antillas. Lo hemos dicho en las meetings, haciendo justicia a S. S.) Lo agradezco, y juro perdón por no haberlo recordado... (Los rumores impiden oír al orador.—El señor presidente agita la campanilla.)

Yo creía, señores diputados, que el calendario había llegado a establecer entre aquellos sucesos y nosotros la distancia pictórica de las perspectivas, y que ya lo podíamos mirar como un suceso que juzgáramos

mos históricamente, y no levantar estas pasiones. (El señor Santa Cruz: Es una injusticia). Pues esta injusticia se remedia con la advertencia y la rectificación, que para esto es el debate, y no hay que enfadarse. De esto es de lo que se trata.

Las manifestaciones de Azcarate y don Melquiades.

Dijé al comenzar que me sentía obligado a pronunciar dos discursos, bajo el epígrafe de «Una rectificación», y voy al segundo discurso, porque después que yo hablé, hubo acontecimientos políticos en la Cámara. ¡Claro que este momento es la primera vez que puedo ocuparme de ello!

Yo he sido interpelado por los señores Azcarate y Alvarez, señalamamente, para que diga qué me parece a mí, cuál es la actitud del partido conservador delante de estas manifestaciones que aquí solemnemente se han producido. Interrumpí—la vanagloria, que es una flaqueza humana, me hizo interrumpir—, diciendo que ya lo había dicho; pero no voy por esto, a excusar nada: voy a hablar muy claro: que yo ya había dicho en mi discurso, de antemano, lo que me parecía, porque en mi discurso estaban los gémeos, las premisas de donde derivaba, naturalmente, la actitud nuestra.

Había yo recordado cual ha sido durante toda mi vida pública mi significación, y la parte que he tenido en la actuación democrática de la Regencia; había expuesto que toda aquella obra, la obra de la Restauración y de la Regencia, y las leyes políticas, tenían por objeto franquear a todos los ciudadanos, y señaladamente las extremas izquierdas, la vida de la plena legalidad dentro de la Monarquía; había procurado demostrar—no sé si lo demostré, pero sé que no se ha intentado refutarlo, sino que se ha olvidado en el debate—que lo que podía echarse de menos para una actuación democrática plena, plenísima, en España, no eran leyes, ni eran posibilidades, ni eran amplitudes de sufragio, de reunión, de asociación y de imprenta; no era la generalización sincera, normalizada, constante, plena, de la ciudadanía, y que para eso era menester la educación cívica. Recordé muchas cosas que os debían sonar mal, naturalmente, pero que tenía la obligación de exponer, por lo cual decía que las izquierdas no habían labrado para esa educación cívica en lo que les correspondía, y una de las cosas que decía yo al país, respecto de vosotros, era que me parecía incongruente perdurar en la hostilidad a la institución monárquica, cuando evidentemente ella no había sido obstáculo, sino que se había anticipado al estado social y a las necesidades políticas con leyes donde había que poner su sanción y que era algo parecido a los diálogos de las gramáticas de lenguas extranjeras, que porque no había ciudadanía, fuese la censura al Rey.

Todo eso, ¿qué significaba? Qué desde que yo estoy en la política me he dicho palabra que haya rectificado, incluso en mi discurso del otro día, que es el más reciente; porque no quiero recordar el anterior que fué aquel en que defendí el derecho del obrero a disponer de su trabajo en caso de huelga. (Muy bien, muy bien), y siempre, donde quiera que he hablado, he dicho que para mí el deber, el designio ha de ser, el avance consiste en integrar la plenitud de la vida demo-

